



Primer Premio
Manuel Sánchez López-Tello
por su obra "Campamento de verano"

**Jóvenes
Artistas**

Castilla-La Mancha
2009

Relato



Jóvenes Artistas

Primer Premio

Manuel Sánchez López-Tello

1981, Albacete

- Manu_t7@hotmail.com
- el-llamado-perdido.blogspot.com

- I.T. de Telecomunicación.
- Estancias en Aquisgrán, Estrasburgo y Lisboa.
- Talleres literarios con Isabel León (Escritura Creativa), y Ana Celada (Poesía Cotidiana).
- Taller “La ciudad invisible”, sobre documental crítico impartido por Antonio Naharro y Nino Martínez Sosa.
- Miembro del programa de radio de ámbito cultural pandémica y celeste (www.pandemicayceleste.es).
- Coautor del fanzine San Petersmomia, sobre dibujo, poesía y divulgación científica (sanpetersmomia.blogspot.com).
- Segundo premio de JJAA de Castilla-La Mancha en 2004 con Luma (www.myspace.com/cromayluma) en la categoría de otros estilos musicales.
- Primeras experiencias con las letras, las guitarras y las cervezas en Coco (grupo musical de los 90s).
- Posteriores experiencias con las letras alemanas, las guitarras y las cervezas de verdad en Die Arionnetes (grupo musical de los 00s).
- Producción del documental “Un Colegio en el Exilio” (Campamentos de refugiados saharauis, 2004).

Campamento de Verano

Ocurría a menudo, hace unos años, que los chicos que rondaban los diez años de edad se esperaban en la puerta de mi colegio para enzarzarse en peleas tontas. Imagino que trataban de medir sus fuerzas, de demostrar su sitio en el mundo, de averiguar hasta dónde se podía llegar. Y no tanto por la violencia, sino por la impresión que provocaba percibir por primera vez en la vida la naturaleza propia del ser humano, las recuerdo todavía con cierto miedo.

Por aquel entonces yo era un niño gordito y tímido, y había tenido algunos problemas en la escuela con los mayores. Digamos que desde muy temprano me convertí en la víctima de sus bromas. Nunca entendí muy bien a qué se debía, sólo sé que siempre intentaba pasar desapercibido, pero supongo que mis mofletes de san bernardo o aquella horrible camiseta de ositos que me regaló la tía para mi cumpleaños podían servir de excusa para convertirme en el pasatiempo perfecto de un hatajo de mendrugos sin nada mejor que hacer.

Sin embargo, siempre me llamó mucho la atención que a las personas adultas les pareciera el chaval más encantador del mundo. Mi madre me reñía en raras ocasiones, e incluso me perdonaba algunas chiquilladas que, ahora lo pienso, bien podrían haberme supuesto un buen castigo. Creo que ella estaba contenta por mis notas, que eran siempre buenas. Además, también me ocupaba de mis hermanos pequeños cuando no estaba papá y ella tenía que ir a atender a la tía.

Papá siempre estaba de viaje. Según sus propias palabras, heredó un camión que le permitía mantenernos, a sus hijos, pero al mismo tiempo le impedía también estar junto a nosotros. Sin duda, una triste paradoja. Venía una vez a la semana y luego se volvía a marchar. A mi madre le molestaba mucho que no saliéramos a recibir a papá corriendo para darle un beso. Las tardes en que estaba prevista su llegada, nos avisaba hablándonos en un tono alegre y jovial, como si se tratara de una gran fiesta. Y en ver-





Jóvenes Artistas

dad ella lo sentía así. Supongo que debe de ser muy duro para una madre sacar adelante a cuatro hijos ella sola.

Cuando me lo plantearon, la sola idea de tener que irme a aquel campamento de verano me aterrorizaba. Lo organizaba la parroquia del barrio de la yaya y, ya de entrada, era toda una faena lo de tener que llegar a un sitio por primera vez, a un sitio donde nadie me conocía y donde a nadie le importaba lo más mínimo. Además, temía que los otros niños la tomaran conmigo de nuevo y no tuviera escapatoria en aquel lugar aislado en mitad de la montaña. Pero aquel verano tampoco podíamos irnos de vacaciones a Torrevieja, así que finalmente me convencieron y acepté.

La noche de antes apenas pude pegar ojo. Mientras los demás dormían, yo permanecía en la cama observando en la penumbra algunos posters de animales salvajes que colgaban del cielorraso. Estaba muy nervioso e intentaba armarme de valor para decirle a mamá en cuanto me despertara que no quería ir, que prefería quedarme en casa desayunando torrijas y ayudándole a emparejar calcetines todo el verano. Me pasaron muchas cosas por la cabeza. Tuve el presentimiento de que algo horrible iba a ocurrir si me marchaba. Por primera vez en mi vida, pensé en la muerte de mi padre. Pensé que podría estar muriendo en ese mismo instante, en un accidente en la carretera, en una solitaria y oscura carretera en mitad de la noche. Eso me hizo estremecerme. Imaginé cómo teníamos que ir todos vestidos de negro a visitar el cadáver y vi cómo mi padre yacía inmóvil, ajeno a nuestros llantos, a nuestras súplicas desesperadas a Dios o a la Virgen (“Virgencita mía” -sollozaba mamá-) por volverle a tener de nuevo con nosotros. Di un respingo por el susto que me hizo incorporarme maquinalmente. Pensé concienzudamente en la posibilidad de no dejarle conducir ese maldito camión nunca más. Me agarraría a su muslo con todas mis fuerzas y no le permitiría irse. Le clavaría las uñas. Le mordería como un perro si fuera necesario para forzarlo a detenerse. Después de todo, acabaría por entender que todas estas salvajadas las hacía por su bien y no tardaría en perdonarme.

Al día siguiente me encontraba algo cansado, aunque todos los fantasmas de la noche anterior se habían esfumado. Con el paso de los años, me he dado cuenta de que el sol de la mañana hace que se te despeje la mente y caigas en la cuenta de que los pensamientos nocturnos no son más que bobadas. En más de una ocasión, esto me ha servido de gran alivio.

Decidí no contar nada de lo sucedido a nadie. Antes de salir me aseguré de que la camiseta de ositos seguía en el último rincón del armario y comprobé que la mochila estaba en orden. El autobús partió puntual desde la plaza de la iglesia entre una multitud de padres, hermanos pequeños y abuelos. Todo un espectáculo cuando se es un chaval y se puede ver cómo hasta los más matones del colegio se despojan de toda su chulería para decir adiós a sus padres, para darles un beso e incluso lloriquear de pena a veces. Esto me reconfortaba bastante en el colegio porque me ofrecía una imagen más humana de estos matones, y dejaba de verlos como aparentaban ser.

Nicolás Turrillo era un chico bastante alto para su edad. Además de alto era huesudo y delgado como un junco. Vestía con una especie de chándal de color verde escandalosamente fosforito. Su pelo negro brillaba y sus ojos oscuros no se apartaron de mí mientras se acercaba, hasta que llegó al final del pasillo del autobús para decirme: "Hola, me llamo Nicolás Turrillo. Mi madre me ha dicho que tu padre es Nacho, de Médico de Familia"

Por alguna razón, me asusté al escuchar su voz. De hecho, tardé unos instantes en darme cuenta de lo que me estaba preguntando. Y cuando quise volver a ser consciente de la situación, me sorprendieron mis propias palabras sonando en voz alta, pronunciadas con determinación y sin aspavientos, respondiendo: "Sí, claro."

Nicolás Turrillo se sentó en el asiento que quedaba libre a mi lado. El chándal le quedaba bastante grande. Debía de sacarme una cabeza y, sin duda, era el más alto de todo el autobús. No volvió a preguntarme nada hasta un buen rato después. Creo que los demás sí que debían conocerlo. Al iniciar el viaje, la luz del sol se filtraba entre las cortinas que servían para evitar esta molestia. Un rayo le daba a él directamente en los ojos y le cegaba. Sin dudarle un momento, se levantó y emitió un chasquido con la boca que rápidamente alguien supo interpretar al girarse hacia nosotros. Ese alguien corrió hacia la ventana y aseguró bien las cortinas de forma que no entrara ningún rayo, y seguidamente volvió a su sitio sin mirar siquiera adonde nos encontrábamos Nicolás y yo.

Contra todo lo previsto, los primeros días en el campamento fueron bastante agradables. Nada más llegar, nos recibieron un grupo de seis o siete hombres y





Jóvenes Artistas

mujeres que nos miraban a todos como si fuéramos sus amigos y que por aquel entonces a mí me parecían bastante viejos, aunque probablemente no superaran los treinta años. Eran los monitores del grupo, los responsables de que cuarenta o cincuenta chicos estuvieran entretenidos y aprendieran algunas cosas en el transcurso de dos semanas allí. Vestían con un uniforme marrón que yo relacionaba con el guardabosques del Oso Yogui, ése que siempre estaba pendiente de que Yogui no robara aquellos deliciosos emparedados a los turistas del parque Yellowstone. Los acompañaba un cura aún más viejo todavía que sonreía todo el rato y que de vez en cuando le decía algo en voz baja a uno de los guardabosques con cierto aire de complicidad.

El paisaje era fantástico. Cientos de pinos y abetos cubrían a nuestro alrededor un paisaje abierto y lleno de vida. El sonido característico de los pájaros y también de un riachuelo cercano contrastaba con la idea que yo tenía de tranquilidad en la ciudad. Aquello era otro tipo de tranquilidad. Uno no se daba cuenta al principio de dónde estaba la diferencia, pero resultaba obvio que existía. Quizás por la ausencia de artificios, quizá porque no se escuchaba ningún ruidito de máquina tonta en stanby o el tic-tac de un reloj fastidioso.

El campamento estaba situado en un claro del bosque justo al pie de una enorme montaña. Desde allí, la cima afilada parecía estar a menos altura que cuando la vimos por primera vez al aproximarnos desde la carretera. Daba miedo pensar en los jabalíes que habitan en esos lugares. En las fotos, parecían bastante fieros y peligrosos, y en casa me habían advertido que fuera precavido con estos animales, que al parecer eran capaces de devorar a una persona si se les molestaba.

En seguida se pudo ver quién se había apuntado al viaje con sus amigos y quién había ido solo como yo. Los corros iban surgiendo entre risas y bromas. Algunos chicos hablaban sobre lo bien que lo habían pasado el año anterior. Otros, sin embargo, permanecían inmutables a la espera de que el cura o alguno de los monitores dieran alguna instrucción que rompiera la situación incómoda en que se encontraban.

Nicolás Turrillo no se había despegado de mí en todo el rato. No hablaba nada. Tampoco parecía importarle. ¿Qué tipo de persona te pregunta si tu padre es un

actor famoso para después no volver a dirigirte la palabra? Por otra parte, yo me lamentaba de haberle mentado. No sabía qué podía ocurrir cuando se enterara de la verdad. En el autobús, la gente parecía tenerle miedo. Aquel chico no tardó ni un segundo en correrle las cortinas, ¡y sin pronunciar ni una sola palabra!

El cura, que no dejaba de sonreír, empezó a hablar a pesar de que nadie le hacía caso. El más joven de sus secuaces llamó la atención a uno de los corros de amigos que seguían cuchicheando. Muy pronto, empezaron a nombrar a los que dormirían en la primera de las cabañas del campamento. En aquel momento, un zumbido grave y lejano nos hizo mirar verticalmente al cielo. Era un helicóptero que surcaba las nubes desde la altura dejándonos a todos boquiabiertos. Todo el mundo se quedó en silencio excepto el cura, que aprovechó la ocasión para intentar impresionarnos diciéndonos en broma que él, cada noche, podía volar incluso más alto que aquel artefacto. Imagino que se refería a Dios y a rezar y todo ese rollo. Cuando dejé de prestar atención al helicóptero que se alejaba ya por detrás de la montaña, me percaté de que Nicolás me observaba fijamente. Su gesto estático dibujaba una sutil mueca, una ligera sonrisa de fascinación. Muy bajito, y sin mover un músculo de su cara, me dijo como habiendo descubierto algo importante: “¡Ah! Es por ti. Es tu padre.”

Mi padre me odiaría si se enterara de lo mezquino que es su hijo. Él nunca supo lo que son unas vacaciones para un niño. Quizá nadie entendiera bien eso de las vacaciones en la época en que mi padre era niño. Yo pensaba que palabras como “Papá Noel”, “beicon” o “vacaciones” eran palabras recientes, inventadas por la generación de nuestros primos o hermanos mayores. Y el bueno de papá, tan feliz con su hijo en un campamento de vacaciones, pensando que le estaba dando todo lo mejor que le puede dar... he de decir que me sentí la peor persona del mundo, la más vil y miserable persona del mundo por no haber dejado bien claro que mi padre era quien era.

Y justo entonces dijeron mi nombre en voz alta. Uno de los secuaces del cura disfrazados de guardabosques me indicó con un dedo la dirección en la que se encontraba mi cabaña. Me arrepentí de no haberme echado atrás en el último momento como tenía planeado la noche anterior. Me sentía bastante perdido en aquel lugar.





Jóvenes Artistas

La pequeña cabaña servía en realidad sólo para dormir, pues únicamente contenía un espacio habilitado para esto. Incluso carecía de cuarto de baño. Tenía la puerta pintada de rojo y una pegatina de un jugador de fútbol que no conseguí reconocer. Su interior disponía de todo lo que un niño de diez años le puede pedir a un cuarto: una lámpara para alumbrar en la oscuridad, un pequeño armario acristalado que dejaba ver algunas cajas de dulces y chocolate, y literas, muchas literas pegadas a las paredes de madera.

En los días siguientes pude ver a muchos chicos de mi edad a los que les gustaba coleccionar bichos raros, vestirse con uniforme y pañoleta, y entonar canciones cursis sobre la paz y la solidaridad. No era mi estilo. Las cantábamos por la mañana después de desayunar junto a un mástil con una bandera que habían instalado en el claro del bosque donde nos recibieron el primer día. A ese lugar lo llamábamos el patio. Una hilera de pedruscos blanquecinos dibujaba un círculo bastante grande sobre la tierra donde nos colocábamos en orden y seguíamos la voz cantante de uno de los monitores. El tiempo se iba en cosas así, en interminables mañanas dibujando pájaros (los copiábamos en nuestros cuadernos y luego teníamos que mostrárnoslos y averiguar de qué especie se trataba), en ir a buscar leña para la cocina, en escuchar a los monitores hablar sobre naturaleza, o sobre lo que estaba bien o estaba mal. Además teníamos que rezar por las noches, y a mí me daba la impresión de que el cura estaba completamente loco. Al igual que el primer día, sonreía constantemente y nos preguntaba por cosas que ni siquiera venían a cuento. Uno podía estar fabricándose un tirachinas, por ejemplo, y de repente aquel señor aparecía del sitio menos esperado para hablarte de los exámenes de conciencia. Al principio yo no entendía muy bien en qué consistía. Pero al cabo de unos días, me vi planteándome lo que había andado haciendo durante la jornada, analizando si había sido correcto o no, si había pecado o si podría tener dificultades graves para ingresar en el Paraíso. El Paraíso significaba estar con Dios. Cuando uno se muere, en teoría, se celebra un juicio. En este juicio, se decide si mereces que se te abran las puertas del cielo o si, por el contrario, estás condenado a ir al infierno.

Creo que todos los chicos del campamento estaban capacitados para ser aceptados por Dios en el Paraíso. Quizá Nicolás no tanto. Seguía sin hablar apenas. Yo

Llegué a pensar que tenía algún tipo de retraso mental, pero finalmente me convencí de que sencillamente se trataba de un chico reservado e introvertido. Curiosamente, los otros muchachos siempre le tenían un gran respeto. Yo mismo me sentía intimidado por su sola presencia aunque, por otro lado, intuía que lo tenía de mi parte, y eso me tranquilizaba.

Una tarde, me empecé a encontrar mal mientras hacíamos uno de esos juegos de pistas en los que hay que ir siguiendo el rastro que alguien ha dejado premeditadamente, para así conseguir llegar al final y descubrir algún mensaje especial o alguna sorpresa. Había comido algo que me había sentado mal y el estómago se me encogía provocándome dolor y ganas de salir disparado hacia el baño. Mi grupo había llegado a la segunda pista y era el más aventajado. Todo el mundo estaba entretenido, así que me escaqueé sin decir nada.

Las letrinas (que por supuesto, habíamos construido nosotros mismos) se encontraban alejadas del campamento para evitar que el hedor y los insectos nos molestaran. El camino de tierra que llevaba hasta ellas era estrecho y penetraba por el bosque unos cien metros antes de llegar. Al estar rodeado de árboles y follaje, a uno le daba la sensación de adentrarse en otra atmósfera de olores intensos, dulzones y frescos. Las sombras, que inundaban todo el terreno, eran atravesadas de vez en cuando por rayos de sol que se filtraban por entre las copas de los pinos.

En aquel lugar sentí que estaba realmente solo en mitad del bosque montañoso. La idea de acercarme unos metros más hacia las letrinas me parecía muy poco apetecible, así que, sin pensarlo dos veces, eché a andar por entre los matorrales en busca de un sitio menos asqueroso. La tierra estaba húmeda y a menudo me asustaba algún saltamontes o cualquier otro bicho escapando del ruido extraño que producían mis pisadas inseguras. En un momento dado, el zumbido grave de una abeja resonando cerca de mi cabeza, hizo que subiera corriendo por la cuesta escarpada de la ladera como un loco (y eso que -repito- era un chico gordito) hasta estar seguro de que la había despistado. Y cuando quise darme cuenta ya casi estaba en la cima de la montaña. "¿Por qué no?" -me dije-. "Llegaré hasta el final".

Pero antes, no podía aguantarme más. Me bajé los pantalones y busqué una roca





Jóvenes Artistas

segura donde poder apoyarme y hacer mis necesidades lo más cómodamente posible. Apreté los músculos del vientre y apreté también los dientes con fuerza. Estuve a punto de no ver el verde fosforito inconfundible de los pantalones de Nicolás Trujillo a lo lejos, a unos cien metros. Caminaba parsimonioso y volvía la cabeza una y otra vez mirando en todas direcciones. Supe que me estaba buscando. Me volví a subir los pantalones y salí a su encuentro. Cuando me vio, se detuvo en seco y se quedó mirándome con su típica actitud lacónica. Tardó un rato en reaccionar.

– ¿Te has escapado? – me preguntó secamente cuando estábamos ya cerca el uno del otro-.

– ¿Qué? –respondí extrañado-. No, es sólo que estaba...

– ¿No te da rabia que tu padre tenga otro hijo, ese tal Chechu?

– ¿Están buscándome ahí abajo? –dije preocupado sin hacer caso a su pregunta-. ¡Mierda!, el cura me va a dar la lata con los exámenes de conciencia.

– Te he seguido porque quiero escaparme contigo. A mí no me gusta esto, ¿sabes? Dime si puedo conocer algún día a Nacho. El otro día un chico iba a empaquarte la mochila para burlarse de ti y casi le atizo por defenderte. Somos amigos.

– Mira Nicolás, no te enfades –tartamudeaba, quería que la tierra me tragase. Un nuevo zumbido, esta vez mucho más contundente, se acercaba en la distancia-. Mi padre no se llama Nacho –dije en voz más alta, casi gritando-. No quería mentirte y no quiero que dejes de ser mi amigo pero...

En aquel momento, el zumbido que se había ido convirtiendo en un sonido envolvente más y más potente no permitió que Nicolás siguiera escuchando mis palabras. El mismo helicóptero que habíamos visto hace unos días apareció ante nosotros dejándonos atónitos. La cima de la montaña quedaba a escasos metros de donde nos encontrábamos. El imponente monstruo del aire parecía suspendido de un hilo, desafiando la gravedad, a medida que iba perdiendo altura muy lentamente para aterrizar justo en la cima. Las hélices seguían dibujando un círculo travieso incluso después de tomar tierra. Sin embargo, el sonido se hacía ahora más insopor-

table, si cabe, que hace unos instantes.

– ¡Nicolás! – le grité consternado-. ¿Qué hacemos?

Él seguía observando el helicóptero como si aquello fuera lo mejor que había podido ver en toda su vida. Sonreía y asentía con la cabeza. Cuando escuchó mi voz en medio de aquella locura estridente, se volvió despacio hacia mí, me apretó el brazo acercándose y gritó con todas sus fuerzas:

– Nico. Llámame Nico.

